POEMAS

CLAUDE ESTEBAN

AEROPUERTO

Aquí no duele
nada. Ni las gafas ni las pestañas.
El mundo, nada
más, el mundo. Mayor que
tú, menor.

El mundo solo
y dos corbatas viejas
por el suelo. ¿Quién
las recogerá?

Un hombre pasa con su maleta
sin cerrar. Un hombre
cae.

¿Quién lo recogerá? Dios,
como dicen otros,
para ir más tranquilos

a ver si quedan por las calles
los tranvías
y las chispas eléctricas del placer.

Un reloj japonés
dice la hora con segundos
rojos.
21:05'. ¿Y después?

Las cosas cómo son, cómo
serán. Iguales.

Dos corbatas sin nombre, dos
estrellas
caídas por el suelo. Y esa voz
que repite para todos:
Señores pasajeros.

No hay dolor.

MAÑANA

El día que no fue
sigue volviendo.

Y sale por las calles
y se pasea
entre chalecos nuevos y botellas,
mirando escaparates,
dorando estatuas.

El día que no fue
no se defiende. No
necesita ver, lo sabe
todo.

Quien va a vivir y quien
ya tiene escrito
el sello de la muerte en la solapa.

El día que no fue
no me conoce

y tropieza conmigo en las aceras.

ATARDECER

Torres que no acabaron
de crecer
y que se pudren.

Polvo
en las sienes, polvo
de luz en la saliva.

Cristos de plástico y libros
pornográficos.

Todo está bien. Se
vende. Todo
es vida.

Dentro de mí,
gusanos y ceniza.

VOZ DE UNO

Nadie me dice —y queda
claro así:
te espero en la esquina.

Nadie me dice: es
martes, ¿lo recuerdas?

Nadie me dice: ¿por qué
llegaste tarde?

Nadie me dice
nada. Y queda claro así.

La noche es mía.

SOMBRA

Me dice: ven. Y voy
y no la encuentro.

Y tropiezo en el sueño
con miles de gaviotas,
con barcos sin motor, con
bicicletas,
con informes sellados que no entiendo.

Me dice: ven. Y ya
no tengo brazos,
ni cara para ver, ni nombre
entero.

Me dice: ven. Y el insomnio
corre la cortina.

ELEGIA

Que se termine con la fiebre,
no.
Con su figura.

El pan sobre la mesa,
el día con sabor
de día.

La mano abierta.

Hace falta esperar. Lo creo
y no lo creo.

Me asomo a la ventana y
veo el puerto.

Lo veo
y no lo veo más.

¿Qué importa
el tiempo?

¿Qué importa que me quede
un año inmóvil?

La sombra no responde. Y tú
estás sola,

más sola que la muerte
que va subiendo

—que ya me espera aquí,
en los espejos.

IN PACE

No me digáis
que va a crecer la hierba.

Aquí sólo van conchas
y babas secas
del otoño.

Lloros de nadie, corazas
no vencidas,

miradme a mí
que sigo entre las piedras.

Miradme a mí
que bajo por los musgos y que me pierdo.

Estos poemas de Claude Esteban fueron escritos originalmente en castellano.